

# El cuerpo secreto

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Mariana Torres, *El cuerpo secreto*  
Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-8393-187-5  
Depósito legal: M-17454-2015  
IBIC: FYB

© Mariana Torres, 2015  
© De la ilustración de cubierta: Aron Wiesenfeld, 2015  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2015

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás  
Impreso en España - Printed in Spain

**Mariana Torres**

**El cuerpo secreto**





## ÍNDICE

El hombre araña .....	13
Esos niños que lloran .....	15
El monstruo está despierto .....	17
La planta que grita .....	25
El otro lado .....	27
El niño pera .....	29
Estrella caída .....	31
Escarcha .....	37
El entierro .....	39
Crucero .....	41
Árbol monstruo niño árbol .....	43
Época de muda .....	51
El corsé y la niña .....	53
Terrario .....	59
Después de la caída .....	61
Desierto .....	63
El otro .....	65
Mi padre .....	67
El cuerpo sólido .....	71
Fuego .....	73
Pólvora .....	77
Palomitas de maíz .....	79

EL CUERPO SECRETO

Todo tan blanco.....	81
El camino a Oh.....	83
Tierra madre.....	85
Nido.....	87
Todos los colores.....	91
El grito.....	99
La máquina.....	101
Como cuando era niño.....	105
Surcos.....	109
Los niños rotos.....	111
Volver a la tierra.....	115
En la cuerda floja.....	119

*Para Javier,  
en la isla,  
en el mar que la rodea  
y más allá.*





*I was a quiet child  
in the way a cherry  
has a stone inside.*

Mirkka REKOLA

## EL MONSTRUO ESTÁ DESPIERTO

—HE OÍDO UN CRUJIDO —dijo el pequeño, con un hilo de voz. Auri se incorporó despacio y abrió los ojos a la oscuridad. Todas las hermanas dormían, podía escuchar la respiración de cada una, coordinadas, como si respirase un solo cuerpo. Dormían apretadas en esa cama inmensa desde siempre, con los brazos y las piernas entrecruzados para que nadie pudiera arrebatarles al pequeño.

Horas atrás Auri había dejado de alimentar la lámpara. Ahora todo estaba oscuro. El pequeño se tapó los oídos con las mangas largas de ese pijama remendado para un niño más grande.

—¿Lo oyes, Auri? Suena otra vez. Está crujiendo mucho hoy.

Auri aguzó el oído. Ahí estaba el crujido, aún leve, suficiente para despertar al pequeño. Esa pues era la noche en que debía ocurrir. Auri buscó a tientas las manos del niño, y las guardó entre las suyas. No podía verlo, pero sentía cómo temblaban todos sus rizos rubios. Él crujió otra vez,

crujió tan fuerte que la cama se estremeció y las hermanas despertaron.

—¿Qué hacemos, Auri?

—¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer?

—Callarnos, eso hacemos —dijo Auri, con un tono lo suficientemente alto como para provocar una nueva ola de crujidos. Crujidos largos. Auri se arrepintió en seguida de haber levantado la voz, su madre le había repetido cien veces que las voces de las hermanas lo alteraban. Torpe, niña tonta. Así que iba a ocurrir todo esa noche en la que no estaba mamá, qué mala suerte, cómo no lo habían previsto; solo habían pasado dos días desde su descenso al pueblo en busca de provisiones. Estaban solos. Se necesitaban dos días para ir y dos para volver, Auri lo sabía bien. Y él seguía crujiendo debajo de la cama.

Auri soltó al pequeño y bajó por la parte de atrás para que él no pudiera olerla. Buscó la lámpara a tientas. La había dejado en el hueco de la pared donde siempre la guardaban, con los cantos hacia fuera, para encontrarla incluso en total oscuridad. Era fácil de alimentar, preparada horas atrás, rebosante de leños secos, estopas y piñas. Alimentarla era tan sencillo como dejar arder la llama y esperar a que se hiciera fuerte, hasta que la luz fuera potente, cálida. La lámpara pesaba muchísimo, hacían falta los dos brazos y medio cuerpo para cargar con ella. Auri la apoyó en el suelo y la encendió. Los retales de luz inundaron la estancia hasta cubrir cada uno de los rincones, llegar a los más recónditos bajo la cama inmensa. Por un momento los crujidos cesaron. A él nunca le había gustado la luz caliente de la lámpara.

Ahora sí tenían algo de tiempo para organizarse. Auri chasqueó dos dedos y la primera de las hermanas, la más alta de todas, se sentó junto al pequeño, con las piernas cruzadas tras cada chasquido de dedos de Auri, las hermanas fueron rodeando al pequeño, formando un círculo. Se tomaron de las manos. Mientras mantuvieran el círculo no podría pasarle nada al pequeño. Ya no se oían crujidos, pero sí un ronco respirar de hojas secas, tan ronco y presente que incluso podía palpase.

Tras otra señal de Auri las hermanas bajaron al niño de la cama y rodearon la lámpara. Arrastrando esos camisones larguísimos hasta los pies que se enredaban los unos con los otros. El pequeño se dejó llevar en volandas por ellas. Auri apretaba la lámpara contra sí, con los brazos la rodeaba todo lo que podía su cuerpo. Podían esperar un poco. A veces él se callaba del todo si esperaban lo suficiente, alejadas de la cama inmensa y alimentando la lámpara.

La madre les había explicado el ritual completo, paso a paso; desde hacía años todas conocían las instrucciones de memoria. Sobre todo Auri, sabía exactamente qué debía hacer y cuándo. Se habían alegrado tanto las dos al nacer el pequeño. Era un niño. Solo un niño podía acabar para siempre con él. El pequeño creció conociendo estas historias, pero le sonaban antiguas, historias que ocurrieron mucho antes de que él naciera, cuando era una familia solo de mujeres, cuando todavía existía un padre.

El pequeño no dejaba de temblar, desde la punta de los pies descalzos hasta cada uno de los rizos rubios. Las hermanas le abrazaron formando un solo cuerpo. Aun así de juntas tenían miedo, y él —que podía olerlo desde debajo de la cama—, volvió a crujir con toda la fuerza de la que era capaz, hasta levantar la cama inmensa a dos palmos